

Ernesto Guhl: Maestro de Maestros

Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez

Continuando la herencia fecunda del Barón de Humbolt, Francisco José de Caldas, Agustín Codazzi, Francisco José Vergara y Velasco, Manuel Uribe Ángel, Alfred Hettner, Pablo Vila, Eduardo Acevedo Lattorre, entre otras muy pocas personalidades en el país, Ernesto Guhl fue uno de los creadores de la moderna Geografía Humana en Colombia y, además, uno de los pioneros del pensamiento ambientalista nacional contemporáneo. Su obra más comprensiva *Colombia: Bosquejo de su Geografía Tropical*, ha sido por años un libro de consulta indispensable, así naturalmente el surgimiento de generaciones más jóvenes, de teorías más comprensivas sobre el hombre, en relación con su espacio, de renovadas visiones sobre nuestro territorio, hayan supuesto el desarrollo de nuevas ópticas, temáticas y metodologías que han aportado significativamente a la ciencia geográfica colombiana, sin que exista, sin embargo, hasta el momento, un estudio de conjunto que supere aquel texto casi enciclopédico.

El geógrafo germano-colombiano participó también en importantes obras colectivas que aportaron decisivamente, en su momento al conocimiento de las regiones biogeográficas y culturales del país. Coadyuvaron a las políticas públicas vinculadas con problemas sociales y políticos, como el de la “rehabilitación” de los actores y víctimas de la violencia, en los inicios del Frente Nacional, y los programas de Reforma Agraria, desarrollados en el gobierno de Alberto Lleras (1958 – 1962). Guhl dirigió el grupo de Geografía del recién creado Instituto Agustín Codazzi (IGAC), el cual buscó orientar, entre otros objetivos, las políticas del Estado para las zonas de colonización. Con el eminente botánico Enrique Pérez Arbeláez, preparó el libro “*Geografía y Reforma Agraria*” para contribuir a orientar las políticas rurales del gobierno colombiano. Con Miguel Fornaguera, realizó un estudio pionero de regionalización en Colombia, tomando en cuenta variables geográficas, demográficas, económicas y políticas, así como las vías de comunicación, planteando un enfoque novedoso sobre la relación de los centros urbanos de estas regiones con su periferia.

Dejó también dispersos, en calidad de textos monográficos informes y análisis, multitud de escritos y artículos, en donde daba cuenta de lo que denominaba una “geografía vertical”, en un país como Colombia, acerca de sus zonas climáticas y de vegetación, sobre los movimientos poblacionales en el territorio, reflexionando también acerca de una regionalización cultural con bases geográficas y sobre las ciencias de la

Geografía, en relación con la sociedad. Valdría la pena que la Universidad Nacional, de la cual Ernesto Guhl fuera una de sus figuras académicas más destacadas en la segunda mitad del siglo XX, abocara la selección de los más actuales y pertinentes de estos textos investigativos, desconocidos, en especial, por los colombianos más jóvenes.

Otros más versados en el tema podrán realizar un escrutinio de su obra que dé cuenta de las limitaciones de su pensamiento, pero también de sus perdurables aportes al conocimiento científico de nuestra geografía, al esclarecimiento del epicentrismo regional colombiano, al análisis de los páramos, de la sabana de Bogotá, etc.

Pero existe otra dimensión, académica y humana, de Ernesto Guhl que deseo resaltar especialmente en esta evocación, como fue su faceta de *Maestro*, enriquecida con su enorme y vivo acervo de conocimientos y experiencias sobre una nación que fue, a lo largo de más de 60 años, la suya y que recorrió incansablemente, con amor y penetrante sentido de observación.

Ernesto Guhl Nimtz nace en Berlín (Alemania), en 1913. Arriba a Colombia, en el año de 1938, emigrado del nazismo, sistema político que contrariaba a su espíritu libertario. Se vincula, entonces, a la Escuela Normal Superior, verdadero semillero de las más modernas Ciencias Sociales en Colombia. Se constituye en uno de sus más jóvenes profesores, iniciando en ella su fecunda labor docente, intercalada, a lo largo de su vida, con su vinculación a diversos organismos del Estado colombiano, en calidad de investigador y propulsor de programas de desarrollo rural y regional.

En 1954, se vinculó como profesor de la Universidad Nacional. Desde mediados de la década de los años 60, hasta 1990, prestó sus servicios en el departamento de Sociología en la mencionada institución, de la cual recibió su máxima distinción académica, la de *profesor emérito*. Por siete lustros contribuyó decisivamente a la formación de varias generaciones de estudiantes, por cierto provenientes de todas las regiones del territorio nacional y de múltiples carreras de la Universidad Nacional.

Era un expositor pasional, pero desordenado, en el aula de clase. Generalmente improvisaba, y a su versión sobre muchos tópicos que atañían a su país adoptivo lo llevaba a pasearse sobre materias disímiles, sin el orden expositivo que otros colegas suyos podían ostentar. Pero su verdadero espacio pedagógico, su aula viva, se encontraba en las frecuentes salidas de campo que organizaba y constituían una experiencia inolvidable para los cientos de estudiantes suyos, que tuvimos el privilegio de acompañarle. Las salidas al terreno eran un valioso recurso docente, que complementaba, enriquecía y confrontaba los conocimientos impartidos en el aula de clase.

Sentado en el puesto delantero, en incómodos buses, con estoicismo y sentido de austeridad, dirigía sus viajes pedagógicos. Cada cierto tiempo, el profesor Guhl –como le llamábamos, con respeto y cariño, sus alumnos– ordenaba detener el vehículo para invitarnos a descender y, rodeado de sus estudiantes y de un paisaje desconocido, para la mayoría, comenzaba su animada y erudita cátedra de Geografía Humana. Hablaba,

con su inconfundible acento alemán, de la formación geológica del territorio que teníamos ante nuestros ojos, mostrándonos la evolución viva de la tierra y las huellas, que él sabía descifrar, que habían dejado las diversas etapas geológicas sobre el terreno que contemplábamos. Disertaba también, con acento didáctico, sobre la vegetación circundante, dándonos útiles nociones de biología y de botánica. Pero era, ante todo, un **geógrafo humano**. Relacionaba siempre el paisaje cultural con la historia de su poblamiento, las técnicas utilizadas para la explotación de la tierra, las formas de propiedad imperantes, en fin, las variadas expresiones de ocupación del suelo. Lo que podía constituir para el viajero inadvertido, un paisaje, acaso monótono y sin interés, se transformaba, mediante sus disertaciones y en las caminatas en donde se internaba por zonas por él siempre queridas y reconocidas, en un cuadro vívido en donde interactuaban las condiciones de la topografía y del suelo, la vegetación autóctona y aquella traída desde fuera y los grupos humanos que transformaban, o degradaban el territorio. Contribuyó a educar nuestra mirada, nos enseñó a “leer” el paisaje, a ser viajeros activos e inquisitivos.

Internacionalmente reconocido como especialista sobre los páramos (esa peculiar región biogeográfica de las altas regiones montañosas de los Andes ecuatoriales húmedos), era en ellos donde su enseñanza alcanzaba una más armónica y, a la vez, apasionaba conjunción de conocimientos científicos interfecundados y de emoción, y hasta éxtasis, en su comunión con ese trozo inolvidable de naturaleza. Al páramo de Sumapaz era su salida mayor. Se constituía en un “rito de pasaje” para sus estudiantes. Allí nos hablaba de su extensión, sin par en el planeta, de su importancia como estratégica reserva nacional de recursos hídricos, de su peculiar vegetación y de la función ecológica de su clima, apreciado por el viajero desapercibido como húmedo y riguroso. Era su hábitat más amado. Siempre soñó construir sobre sus cumbres un refugio para estar en comunión con sus espacios solitarios, sus lagunas alucinantes (centros ceremoniales para los indígenas prehispánicos), su niebla siempre tornadiza. En estas salidas, su rigor científico, su reciedumbre, su sobriedad habitual se complementaban con un lirismo contenido que daba cuenta de su emoción y de su capacidad de desentrañar la “personalidad” del páramo. Por escrito también expresaba esos sentimientos. Así decía: “el páramo no es triste, es serio. No es melancólico, es severo. No es hostil, es grandioso, y como culminación geográfica y ecológica de los Andes ecuatoriales en Colombia, es único en el mundo”.

Maestro de Maestros, muchos actuales profesores de la Universidad Nacional y de muy diversas universidades y colegios de prácticamente todas las regiones del país, fuimos sus alumnos. Era un Maestro de palabra y de vida. Rubricaba su incansable actividad pedagógica con su insobornabilidad, su rectitud, su crítica implacable, resentida por algunos, hacia cualquier institución o persona que consideraba no cumplía con los objetivos que su función o su puesto le indicaban.

La enseñanza, se ha afirmado desde los clásicos, no puede ser un simple catálogo de conocimientos, “la ciencia sin humanismo no es ciencia”, solía decir. Así, en consonancia

con lo que han señalado antiguos y novísimos pedagogos, Ernesto Guhl impartía a sus discípulos *competencias* (saber pensar, saber hacer); *valores* (honestidad intelectual, amor al país); *hábitos* (disciplina, observación orientada, estudio). Naturalmente, estas dimensiones se hallaban siempre sustentadas con conocimientos vivos y sólidos. En éste contexto, su cátedra vinculaba las Ciencias Naturales y las Ciencias Sociales, el conocimiento intelectual y la aprehensión sensorial, el estudio de libros y mapas, con el reconocimiento sistemático del terreno.

Como un legado perdurable, el Profesor Guhl contribuyó a educar profesionales con una formación humanista y científica, a la vez que mejores ciudadanos, a quienes siempre inculcó la defensa de lo público y el compromiso de vida con su país. En suma, como un verdadero pedagogo, Ernesto Guhl contribuyó a formar mejores y más integrales seres humanos.

Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez
Profesor del Departamento de Sociología
Universidad Nacional de Colombia